

Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. Philip. 2.
Tengamos los mismos sentimientos que tuvo Jesu-
cristo en su nacimiento.

PROPOSITOS.

1. Se estudian y se imitan las inclinaciones, los sentimientos y los gustos de los grandes, algunas veces hasta la servidumbre cuando se les quiere dar gusto y parecer bien á sus ojos. Se estudia su humor, y aun su gusto, por mas singular y ridiculo que sea: se alaba, se aprueba, se sigue todo lo que les agrada, sobre todo en los dias de ceremonia. Se viste con relacion á este objeto; se pone la atencion en la tela, en la forma, y en el mismo color de los vestidos; el gusto del soberano es la regla del de todos los cortesanos, especialmente en el dia de su cumpleaños; y le haria mal la corte quien se presentara de otro modo. La humildad es la virtud que domina, por decirlo así, en el nacimiento del Salvador. ¿Quieres honrarle en este dia, quieres hacerle la corte? no te presentes delante de él sino con un corazon humilde; esta es la disposicion que pide á todos los verdaderos fieles. Aplícate desde este dia á una virtud tan necesaria: haz muchos actos de humildad en todos estos dias que preceden á su nacimiento. La mejor preparacion es juntar con la inocencia la humildad de corazon.

2. Añade en estos dias á tus ejercicios ordinarios de piedad la visita de los pobres enfermos, y de los pobres desventurados en las cárceles. Visita los pobres de la parroquia, y distribuye entre ellos tus limosnas, y particularmente entre los pobres vergonzantes. No pierdas ocasion de humillarte, y ahoga ese orgullo secreto, que no siempre está extinguido aun en las personas devotas. Por poco que observes los movimientos de tu corazon y los motivos de tus acciones,

descubrirás bastantes artificios y sutilezas de tu amor propio, las que todas son malignos efectos de ese orgullo sordo y secreto. Sé constante y exacto en reprimirlos y contradecirlos. Pídele á Dios esta importante virtud en todas tus oraciones: pon por intercesora á la mas santa, y al mismo tiempo la mas humilde de las puras criaturas, la santísima Virgen, para que te alcance esta gracia tan necesaria para honrar el nacimiento de su adorable Hijo.

DIA VEINTE.

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

Como la caridad consiste en amar á Dios de todo nuestro corazon, y al prójimo como á nosotros mismos, se sigue que no solo es la ley fundamental del cristianismo y el carácter que distingue al verdadero cristiano, sino que es tambien el lazo mas estrecho que debe unir todos los miembros de la Iglesia con su cabeza, que es Jesucristo, y estos mismos miembros entre sí, para no hacer sino un cuerpo místico, que es la Iglesia, la cual triunfa en el cielo en la persona de los fieles; pero padece en el purgatorio en la persona de los santos, combate sobre la tierra en la persona de aquellas almas predestinadas que, no habiendo acabado de pagar á la justicia de Dios, imploran la caridad de sus hermanos los vivos, como los únicos que pueden merecerles su libertad, ó por lo menos su alivio. Esta sociedad de comercio, que la caridad establece entre los miembros de un mismo cuerpo, es quien fomenta y mantiene al mismo principio que le ha formado, con tantas ventajas para entrambas partes.

Como el Espíritu Santo es quien anima á la Iglesia, así tambien es el que le inspira la conservacion continua de este comercio religioso, pidiendo á los santos que intercedan con Dios por los fieles que están sobre la tierra, y pidiendo á estos fieles sus satisfacciones, sus oraciones, sus buenas obras en favor de las almas del purgatorio, que sabrán muy bien volverles un día el céntuplo de todos los socorros y bienes que hubieren recibido de ellos.

No nos faltan motivos los mas fuertes y los mas interesantes para ejercer nuestra caridad con las almas del purgatorio: estos son los lazos que nos unen con ellas, las penas espantosas que padecen, las singulares ventajas que esta caridad nos procura, y el ejemplo que la Iglesia nos da de esta caridad singular.

Si los suspiros, si los clamores que despiden sin cesar nuestros hermanos y nuestros mas íntimos amigos que padecen en el purgatorio pudiesen llegar á nosotros, bien pronto nos enternecerian sus continuas quejas. ¿Seria posible que un hijo, que una hija vieses á sangre fria el lastimoso estado á que están reducidos su padre y su madre, aquel padre que se afaná tanto por dejarles que comer, aquella madre que los amaba tan tiernamente? ¿Qué corazon hay tan bárbaro, qué natural tan duro que no se enterneciera al ver que sus padres, sus amigos, sorprendidos de un incendio, imploran su socorro desde en medio de las llamas que los rodean por todas partes y los abrasan? ¿habria hombre tan inhumano, que rehusase sacar de un horno encendido á un criado, á un desconocido, y que por no querer alargarle la mano le dejara perecer en las llamas? Cada cual exclamaria: ¡ah cruel, ah tirano, ah bárbaro! Pero ¿no se puede decir á la mayor parte de nosotros: *Tu es ille vir*; tú eres ese inhumano, ese cruel tirano, ese corazon barbaro? Seis meses ha que tu padre, tu madre,

aquel hijo, aquella hija que amabas tan tiernamente, que aquel amigo íntimo que se sacrificó por tí, que aquel pobre criado que te sirvió tantos años con tanta fidelidad, que gastó sus fuerzas, su salud, su misma vida en tu servicio; seis meses ha, un año, que esas personas, en otro tiempo tan amadas, arden en los fuegos del purgatorio, no lo puedes ignorar; á tu vista, por decirlo así, padecen estas victimas de la justicia de Dios. El Señor te hace, digámoslo así, el árbitro de su suerte; te ha dado facultad para aliviarlas, para libertarlas por medio de tus buenas obras, de tus oraciones, de tus limosnas, y tú no quieres hacerles este importante servicio; las ves penar á sangre fria, y te alegras, te diviertes, mientras que ellas padecen penas excesivas, estando en tu poder aliviarlas y sacarlas de ellas. Considera la inhumanidad, el delito que es olvidarte de estas santas almas que padecen, el ser insensible á sus penas.

Tal vez se ignora el rigor de sus penas; pero ¿puede haber ese olvido en quien tiene fe? No hay cosa en esta vida, dice san Agustín, no hay suplicio, no hay severidad, no hay rigor, no hay tormento, aunque se consideren los mas espantosos que inventaron los mas crueles tiranos, que sea comparable con los fuegos, con los suplicios del purgatorio. Quien allí castiga es un Dios, dice Tertuliano, el cual castiga con toda la severidad de su justicia, castiga como Dios. Sus ojos no pueden ver la menor iniquidad que ofenda su santidad infinita, sin que la castigue ó en esta vida ó en la otra; mas con esta diferencia, que en esta vida es un Dios que castiga como padre, y en la otra es un Dios que castiga como juez. Si durante esta vida parece hacer alguna ostension de su severidad, su misericordia modera al punto el rigor; y despues de haber detenido y suspendido largo tiempo el golpe, le conduce con tanta destreza y mezcla

tanta indulgencia con él, que la misma mano que nos hiere, nos cura y nos perdona al tiempo mismo que nos castiga: *Misericorditer sæviens*, dice san Agustin. Pero en la otra vida es la mano de su justicia quien descarga todo su peso sobre una alma culpable; todo el furor de Dios la castiga sin compasion. Esto ha hecho creer á muchos doctores que el mismo fuego en que padecen los condenados en el infierno abrasa á las almas del purgatorio. Pero ¿quién puede comprender el excesivo dolor que estas santas almas padecen por verse privadas de la vista de un Dios, á quien aman con un ardor que no somos capaces de concebir? Juzguemos de la severidad con que Dios castigará en la otra vida las mas ligeras faltas por el rigor con que castiga en esta vida á los que mas ama. Una simple vanidad de David costó la vida á setenta mil hombres. Mas de cincuenta mil Betsamitas cayeron muertos de repente por haber mirado el arca con alguna mayor curiosidad que la que pedia el respeto debido al depósito de tantos misterios. Los embajadores de Berodac, rey de Babilonia, llevaron ricos presentes al rey Ezequías: esta embajada envaneció algun tanto al monarca, y esta vanidad le movió á mostrar sus tesoros á los embajadores: ¡con qué rigor, buen Dios, fué castigada esta vanidad! Vendrá un tiempo, le dijo el Señor, en que cuanto hay en tu casa, y cuanto han atesorado hasta ahora tus padres, será llevado á Babilonia sin que quede aquí nada. Si en esta vida, si sobre la tierra, donde reina la misericordia, castiga Dios las faltas leves con tanta severidad, ¡con qué rigor castigará las faltas ligeras en el purgatorio, donde no reina sino la pura justicia, á la cual es preciso satisfacer de lleno!

Todas las obras de misericordia hechas con un espíritu y un corazón cristiano son de gran precio y de gran mérito. ¿Qué cosa mas loable, qué cosa mas

dulce que hacer bien á un infeliz, sin incomodarse, y volver la tranquilidad y aun el gozo á un espíritu que está tentado á desesperarse, á un corazón penetrado de dolor y de tristeza? Pues todo esto pueden producir las visitas caritativas de los pobres enfermos ó de los pobres vergonzantes, las visitas tan cristianas y de tanto consuelo de los desventurados presos y cautivos; estas obras de misericordia son singularmente á las que ha querido Dios aligar la felicidad y la gloria eterna. Es verdad que estos pobres enfermos, estos cautivos son tal vez unos réprobos que maldecirán á Dios eternamente en los infiernos; no importa: la buena obra no por eso deja de tener su mérito y su recompensa. ¡Qué recompensa y qué mérito no tendrá la buena obra que se hace á las almas del purgatorio, puesto que, á mas de la buena obra y de la caridad que le es comun con todas las otras obras de misericordia, se tiene la honra y el consuelo de aliviar, de regocijar, de sacar de los mas terribles tormentos á unas almas predestinadas, á unas esposas de Jesucristo, cuyos puestos están señalados en la mansion de la gloria! ¡Qué honra, qué ventaja la de librar de una mazmorra á un principe, á una princesa, á una reina! ¡qué no debe esperar un tal redentor! Vemos el cuidado que tiene la Iglesia de no dejar pasar mes alguno en el año, semana alguna en el mes, ni dia alguno en la semana sin hacer alguna oracion por el alivio de las almas del purgatorio; y esta devocion está prodigiosamente autorizada con la práctica de todos los siglos.

La misa es de los difuntos, y la oracion-la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famularumque tuarum, remissionem cunctorum

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos

tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos. Que vivis y reinais...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis : Audivi vocem de coelo, dicentem mihi : Scribe : Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis ; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias : Oí una voz del cielo, que me decía : Escribe : Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos ; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« El Apocalipsis, que en griego significa revelacion, » es el último de los libros de la Biblia ; en él se contienen las revelaciones con que honró Dios al apóstol san Juan en la isla de Patmos. Encierra en veinte y dos capítulos una profecía tocante al estado de la Iglesia desde la ascension de Jesucristo al cielo hasta el juicio final, la que es como la conclusion de todas las santas Escrituras. »

REFLEXIONES.

Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Es cierto que las oraciones que hace un ministro del Señor por un moribundo son de un gran socorro para procurarle esta muerte preciosa ; son súplicas de recomendacion que se hacen para procurarle muchos amigos cerca de Dios, y para hacer que le sea favorable el soberano Juez. ¿Y debe dejar de hacerse caso de un socorro de tanta consecuencia ? ¿es poca cosa ser privado de él ? No son las bellas cualidades de la persona que muere lo que recuerda en estas

oraciones. Salvador del mundo, no se os suplica que os acordeis que el moribundo es una persona de un nacimiento ilustre, de un entendimiento despejado, de una autoridad absoluta. No se hace mencion de sus bellas acciones, de sus grandes riquezas, de sus relevantes prendas. Titulos pomposos, de nada seryis ; grandezas mundanas, no se piensa en vosotras ; no se habla sino de la cualidad de cristiano, de la fe que ha profesado esta alma, de la esperanza en la misericordia del Señor, en quien habia puesto toda su confianza. No se habla à la cabecera del moribundo sino de la cualidad de siervo de Dios, de discípulo de Jesucristo, de fiel ; ninguna otra cualidad pasa al otro mundo. ¿Y qué será de aquellas personas que no hayan tenido ninguna de estas cualidades ? La Iglesia ruega al Señor que use de misericordia con un moribundo ; que se olvide de los desórdenes de su juventud y de todas sus iniquidades ; y los motivos que alega en toda su recomendacion, son que es la obra de sus manos, que es una alma redimida por el Salvador, cuya misericordia implora. Pero si este moribundo ha sido toda su vida un impío, que se ha gloriado de no creer nada ; si es un libertino, que hacia chanza de las mas terribles verdades ; si es una de esas mujeres profanas, que no tenia sino una religion de costumbre y de bien parecer, ¿tendrá mucho efecto esta recomendacion de la Iglesia ? ¿serán oidas estas oraciones ? Cuando los santos, solicitados para que intercedan por este moribundo, solo encontrarán en él señales de réprobo ; que no vuelve los ojos al cielo sino porque el mundo ha dejado ya de mirarle ; y que no implora la ayuda de los santos sino porque ya no se halla en estado de burlarse de sus buenos ejemplos ; estos santos, á quienes quizá ha menospreciado, ¿se interesarán mucho por su salvacion ? ¿andarán muy solícitos por hacer que el Juez le sea favorable ? Ah. Diga

mio, ¿y en qué pensamos, qué hacemos, pues no cultivamos durante la vida la amistad de aquellos, cuya proteccion debemos implorar en la hora de la muerte? A la verdad, tenemos una fuerte recomendacion; pero ¿de qué nos servirá si no estriba sino en falsos titulos? ¿qué importa meditar frecuentemente en vida que debemos ser recomendados en la hora de la muerte? Oh, Dios mio, ¡y cómo esos mundanos, esas almas terrenas, esas gentes atadas al mundo con tantos lazos, y que los multiplican todos los dias, oh, y cómo deben llenarse de espanto al oír estas terribles palabras: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo*: Sal de este mundo, alma cristiana, y acuérdate que para ir á comparecer en el terrible tribunal de Dios se te hace esta recomendacion!

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cælo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, la que daré por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decían: ¿Cómo puede estearnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto desea Jesucristo nuestra salvacion. No solamente instituyó el sacramento de la penitencia como un soberano remedio para curar todas las enfermedades del alma, sino que conociendo cuántas faltas se ocultan á nuestras luces durante la vida, y no ignorando la necesidad que tiene de socorro un moribundo en el tiempo crítico y mas peligroso para la salvacion, este divino Salvador instituyó este último sacramento, cuyo fin principal es remitir las reliquias de los pecados que no han sido expiados, y fortalecer el alma contra los furiosos combates del enemigo, animar su fe y su confianza; y si la vida le es todavía necesaria á este moribundo para bien del alma, este sacramento tiene la virtud particular de restaurarle la salud. Pero ¿se conocen los efectos de este sacramento? ¿se conoce el fin para que se da, y las ventajas que se consiguen recibéndole con conocimiento? ¡Cosa extraña! Se mira este último sacramento como un misterio de mal agüero. El temor de recibirle hace que se reciba las mas veces con poco ó con ningun fruto. La sola palabra extremauncion es una sentencia de muerte para un enfermo: nadie se atreve á proponérsela: ¿qué sobresaltos desde que se le habla de recibirla! se aguarda á la última hora, que es lo mismo que decir, cuando ya no tiene ni sentido, ni conocimiento; y entonces, Señor, ¿con qué disposiciones se recibe! Esta persuasion fatal es uno de los mas malignos artificios del diablo. ¿Qué consuelo tan dulce, y qué abundancia de gozo no recibiera un moribundo, si instruido perfectamente en las santas

ceremonias con que se administra este sacramento, comprendiese el sentido de las oraciones que dice sobre él el sacerdote, y rezan por él los asistentes! La paz sea en esta casa, dice el sacerdote al entrar en el cuarto del enfermo; y con todos los que la habitan, le responden. Señor mio Jesucristo, haced, prosigue el sacerdote, que la felicidad eterna, que la prosperidad divina, que un gozo tranquilo, que una caridad fructuosa, que una salud inalterable y eterna entre conmigo en esta casa; que ningún maligno espíritu se atreva á comparecer en este lugar; que los ángeles de paz asistan en tropas, y que todo lo que puede dañar sea desterrado para siempre. Mostrad, Señor, sobre nosotros la virtud de vuestro santo nombre, y bendecid todo lo que vamos á hacer; y sin mirar á nuestra indignidad y bajeza, santificad las funciones de nuestro ministerio, y haced que sea eficaz todo lo que hiciéremos. La confesion que se dice, se dice en nombre del enfermo; ¿y qué arrepentimiento tan vivo de sus faltas no debe excitar en él? ¿es posible que un sacramento tan útil, tan necesario, de tanto consuelo, espante y cause terror?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la sagrada unción y las palabras todopoderosas que constituyen este sacramento. Como los sentidos son por donde se contraen las heridas de nuestra alma, como son las ventanas de que habla el Profeta, por donde la muerte entra en el alma, así tambien donde se hace esta unción es en las partes del cuerpo en que residen los cinco sentidos, que son sus órganos, y por donde ha podido pecar. ¡Cuántas miradas contagiosas durante la vida! ¡cuántas conversaciones dañosas, ó habladas, ó escuchadas! ¡cuántos meneos, cuántos pasos irregu-

lores, cuántos sentimientos de deleite criminal, cuántas satisfacciones ilícitas en todos los sentidos! Por mas uniforme, por mas arreglada que haya sido la vida, buen Dios, ¡cuántas faltas quedan todavía que expiar! Esto es lo que obra este sacramento en una alma bien dispuesta. Por esta santa unción, dice el sacerdote al ungir los ojos, y por su piadosísima misericordia te perdone el Señor todos los pecados que has cometido con tus miradas. Por esta santa unción, continúa al ungir las orejas, y por su piadosísima misericordia te perdone el Señor todos los pecados que has cometido con el oído. La misma unción con las mismas palabras se hace al ungir el órgano de los otros sentidos, para alcanzar de la misericordia del Señor el perdón de todos los defectos de la vida. Hablemos de buena fe, ¿es este un sacramento de que no se deba hacer caso, ó á que se deba temer? ¡Qué fondo de reflexiones y de consuelos nos suministran las oraciones que se siguen á esta sagrada ceremonia! Lo mas patético, lo mas interesante, lo mas tierno que hay en la religion se emplea aquí para aplacar al Señor, y hacerle propicio para con este moribundo. Se le hace memoria al Salvador, por decirlo así, de sus promesas; se interesa á la Virgen santísima y á todos los santos para que intercedan con el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, y alcancen al enfermo, no solo el perdón de sus pecados, que es el punto principal, sino tambien todos los socorros, auxilios y consuelos que necesita en aquellos momentos, los mas críticos de la vida. Se le representa á Jesucristo que aquel es un enfermo á quien ama, un discípulo á quien tiene interés en salvar, un hijo que le ha costado demasiado para dejarle perder. En fin, todo lo mas sagrado que hay en la religion, todo lo que la fe tiene de mas vivo, y la confianza de mas tierno, todo se emplea,

de todo se echa mano para la curacion y salvacion del enfermo. Considera, vuelvo á decir, si un medio tan eficaz, si un remedio tan saludable, si un sacramento tan útil y de tanto consuelo debe mirarse como cosa de poca consideracion, si debe temerse y debe causar pavor.

Confieso, Señor, que para recibir el efecto de este sacramento es necesario tener unas santas disposiciones. Yo os las pido, Dios mio, y propongo no aguardar á la extremidad de la vida para disponerme á recibirle. Desde este momento empiezo á aparejarme para recibir con fruto un socorro tan grande. Espero que las reflexiones que hiciere de tiempo en tiempo sobre este sacramento me servirán de preparacion antes de la enfermedad, y me procurarán la gracia que os pido de recibirle dignamente.

JACULATORIAS.

Sive vivimus, sive morimur, Domini sumus. Rom. 14.
Ora sea que vivamos, ora que muramos, somos vuestros, dulce Jesus mio; y esto es lo que me consueta, y desvanece todos mis temores.

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Num. 23.

Muera mi alma con la muerte de los justos, y el fin de mi vida sea semejante al suyo.

PROPOSITOS.

1. Es un vano terror, indigno de un cristiano, y aun injurioso á la religion cristiana, el mirar al sacramento de la extremauncion como una especie de sentencia de muerte que espanta y atolondra. Desecha de tí este terror, pues es un lazo que el demonio arma á las almas mas timoratas é inocentes. Para armarte contra esta tentacion, medita á menudo

mientras estás sano lo que es el sacramento de la extremauncion, las ventajas que se consiguen de recibirle, su virtud, sus efectos, y las disposiciones con que debe recibirse para que obre segun toda su eficacia. Lee de cuando en cuando la meditacion que hay en el Retiro espiritual para un dia cada mes, y que está puesta en la que corresponde al mes de octubre. La de este dia no es mas que un resumen de aquella: hallarás en la otra todas las oraciones que se dicen por el enfermo cuando recibe este sacramento, las cuales son capaces de consolar al alma mas afligida: la lectura de esta meditacion no solo te instruirá, sino que además de esto desvanecerá todos tus vanos temores: el conocer muy poco la virtud de este sacramento, es el motivo de mirarle con miedo y con espanto.

2. Cuando estés enfermo de cuidado, antes que te vengan á decir que le recibas, pidele tú mismo; no aguardes á cuando estés apurado de fuerzas: se consiguen dobles ventajas en recibirle con conocimiento. Acuérdate que el sacramento de la extremauncion da á los enfermos los auxilios necesarios para llevar con paciencia las molestias de la enfermedad; que borra los pecados veniales que no se hubieren perdonado; y da la salud del cuerpo, si es necesaria para la salud del alma. No se debe aguardar á lo último de la enfermedad para recibirle; basta estar enfermo de peligro. Se recibe con mas fruto cuando se recibe sin aguardar al extremo de la enfermedad. Las disposiciones necesarias para recibir este sacramento son recibirle con espíritu de fe, de oracion, de penitencia, de dolor de los pecados, y de resignacion en la voluntad de Dios.